

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

**Pedro Kropotkin**

## El ideal anarquista y las revoluciones precedentes

La Anarquía ha nacido de las indicaciones de la vida práctica.

Godwin, contemporáneo de la gran Revolución de 1789-93, pudo ver con sus propios ojos como la autoridad gubernamental, creada durante la revolución y por la revolución, se fué convirtiendo en un obstáculo al desarrollo del movimiento revolucionario. Sabía asimismo lo que pasaba en Inglaterra al amparo del Parlamento: el robo de tierras comunales, la venta de los empleos más lucrativos, la caza á los niños de los pobres arrebatados por agentes que recorrían todo Inglaterra y los transportaban á las fábricas del Lancashire, donde morían en masa, etc. Y Godwin comprendió que un gobierno, aunque fuese el de la «República Una é Indivisible» de los Jacobinos, no podría realizar nunca la revolución necesaria; que hasta un gobierno revolucionario, por el hecho de ser un guardian del Estado, se convierte en un obstáculo para la revolución. Comprendió y lanzó esta idea anarquista de que para el triunfo de la Revolución los hombres tienen que desembarazarse ante todo de su fe en el Derecho, en la Autoridad, en la Unidad, en el Orden, en la Propiedad y otras supersticiones heredadas de su pasado de esclavos.

El segundo teórico de la Anarquía, Proudhon, que vino después de Godwin,

vivió la Revolución de 1848. También él pudo ver con sus propios ojos los crímenes cometidos por el gobierno republicano, al mismo tiempo que pudo persuadirse de la impotencia del socialismo estadista de Luis Blanc. Bajo la impresión fresca aún de lo que vivió durante la Revolución, escribió su *Idea general sobre la Revolución* en la que proclamó valientemente la abolición del Estado y la Anarquía.

En fin, la concepción anarquista se afirmó asimismo en la Internacional después de una revolución, es decir, después de la Comuna de París de 1871. La completa impotencia revolucionaria del Consejo de la Comuna, que contenía, sin embargo, en proporciones muy justas, representantes de todas las fracciones revolucionarias de aquella época (jacobinos, blanquistas é internacionalistas), así como la incapacidad del Consejo General de la internacional residente en Londres y su pretensión, tan inepta como peligrosa, de gobernar el movimiento parisién por medio de órdenes enviadas desde Inglaterra, estas dos enseñanzas abrieron los ojos á muchísima gente, llevando á muchos miembros de la Internacional, Bakunin inclusive, á meditar sobre el mal que causa toda clase de autoridad, aunque ésta fuese tan libremente elegida como lo fué en la



Comunne y en la Internacional obrera.

Algunos meses más tarde, el acuerdo del Consejo general tomado en una conferencia secreta, convocada en Londres en 1871, en lugar del Consejo anual, puso así más en evidencia los inconvenientes de un gobierno en la Internacional. Según esta resolución funesta, las fuerzas de la Asociación que hasta entonces se agrupaban para la lucha económica-revolucionaria—la lucha directa de las sociedades obreras contra el capitalismo de los patronos—iban á ser lanzadas en un movimiento electoral, político y parlamentario en el que forzosamente iban á quedar aniquiladas. Esta decisión produjo la rebeldía abierta de las federaciones latinas, española, italiana, jurasiana y parte de la belga, contra el Consejo general de Londres y de esta rebeldía data el movimiento anarquista que hasta nuestros días vemos continuar.

Así, pues, el movimiento anarquista comenzó nuevamente cada vez bajo la impresión de alguna grande lección práctica; tenía su origen en las enseñanzas de la misma vida; pero, una vez comenzado, buscaba asimismo inmediatamente su expresión y su fundación teórica, científica. Científica, no en el sentido de darse un argot incomprensible ó de unirse á la antigua metafísica, sino en el sentido de hallar su fundamento en la ciencia naturalista de la época y convertirse en una de sus divisiones.

Ninguna lucha puede tener éxito si es inconsciente, si no se da cuenta concreta y real de su objetivo. Ninguna destrucción de lo que existe es posible sin que ya durante el periodo de destrucción y de luchas conducentes á la destrucción, no se represente mentalmente qué es lo que va á ocupar el lugar de lo que se destruye. Ni siquiera se puede hacer una crítica teórica de lo que existe sin dibujarse ya en el espíritu una imagen más ó menos neta de lo que se quiera ver en lugar de lo que existe. Consciente ó

inconscientemente, el *ideal*—la concepción de algo mejor—se dibuja siempre en el espíritu de aquél que hace la crítica de las instituciones existentes.

Lo mismo pasa en el hombre de acción. Decir á los hombres: «Destruyamos primero el capitalismo, ó la autoeracia; ya veremos luego lo que pondremos en su lugar», es, simplemente, engañarse á sí mismo y engañar á los demás. Jamás se ha creado una *fuerza* por medio del engaño.

En efecto, hasta el mismo que emplea semejante lenguaje, tiene, sin embargo, una vaga concepción de lo que quisiera ver en el sitio que ataca. Trabajando, por ejemplo, en demoler la autocracia, se forjan, unos, para el porvenir, una constitución á la inglesa, ó á la alemana; otros, sueñan con una república sometida tal vez á la dictadura poderosa de su círculo, ó bien sueñan con una república monárquica como en Francia, ó una república federal como la de los Estados Unidos.

Otros, en fin, piensan en una limitación mayor del poder del Estado; en una mayor libertad de las ciudades, de los municipios, de las sociedades obreras y de toda clase de grupos unidos y federados.

De este modo cada partido tiene su concepción del porvenir, su ideal que le sirve para juzgar todos los hechos que se producen en la vida política y económica de las naciones, así como para hallar los medios de acción que le son propios y le permiten marchar mejor hacia su objetivo. Es, pues, natural, que la Anarquía, aunque nacida de las luchas del día, haya trabajado asimismo para elaborar su ideal, y este ideal, este objetivo, separó pronto á los anarquistas, en sus medios de acción, de todos los partidos políticos, y aún en gran parte de los mismos partidos socialistas que han creído poder mantener el antiguo ideal romano y canónico del Estado, transportándolo á la sociedad futura de sus sueños.



## No temamos la verdad

Lo que más ha contribuido á rebajar la individualidad son todas estas entidades salidas de la imaginación humana.

Todos los fenómenos cósmicos, atmosféricos y físicos que el hombre vió desarrollar ante sus ojos sin poder explicarse su razón ni su mecanismo, le dieron la ilusión de una voluntad oculta superior á la suya.

Chocando con sus efectos, convirtiéronse éstos para él en los actos de un sér supratelrenal dotado de un gran poder, pues que su voluntad se traducía en actos de una grandeza á veces aterradora.

El rayo, el trueno, la lluvia, el viento, las tempestades, fueron señales de la actividad de seres invisibles que de este modo manifestaban su presencia al hombre aterrorizado. Más tarde cada elemento fué antropomorfizado y se convirtió en una entidad abstracta, principio de una Divinidad que ocupaba un lugar en el Olimpo que la imaginación humana inventó.

Pero cuando se atacó la idea de Dios, el espíritu antropomorfizador del hombre no pudo desaparecer bruscamente. Dios no existía ya para él, pero la Naturaleza, las Fuerzas, la Materia, las Leyes Naturales, todos los atributos de la Divinidad difunta heredaron su omnipotencia y se convirtieron en otras tantas entidades que obraban, querían, y se sustituían á las autoridades muertas en el cerebro del hombre, tan esclavo como la víspira, por más que creía haberse libertado.

«La naturaleza quiere esto», «Las Leyes Naturales han decretado estotro»: de este modo los efectos iban convirtiéndose en causas, y el hombre continuaba siempre arrodillado ante los Dioses que había creado.

¡Cuánto daño este espíritu metafísico habrá hecho á la humanidad! Aun hoy, entre los que aceptan la explicación transformista del universo, los hay que miran el Universo y la Evolución como seres vivientes, marchando con voluntad reflexiva hacia un objetivo determinado. Para muchos basta escribir con una mayúscula las palabras Ley, Humanidad, Sociedad, para verlas instantáneamente transformándose en bonachonas mujeres con ropaje griego, la cabeza rodeada de laurel, conduciendo al hombre de la mano hacia un cielo que solamente ellas conocen.

Han arrojado del cielo al hombre de barba blanca de las antiguas creencias, pero no pueden aceptar que la evolución de la vida sea una operación química debida al azar de las combinaciones y no obedeciendo á más impulso que el de las condiciones primeras que la dieron la existencia, modificadas por las nuevas combinaciones porque atraviesa la vida. Evolución que sigue el curso que le trazan las propiedades de la combinación, pero en que nada hay querido, nada preconcebido; las fuerzas obran según sus propiedades y no porque esto sea agradable á un objetivo determinado.

«Es absurdo, se nos dice, pensar que la Humanidad marcha de tal modo al azar, que nazcamos y desaparezcamos sin un objetivo superior que nos ligue á las generaciones pasadas y futuras. Sería poco consolador pensar que los hombres habrían pasado por la tierra para desaparecer un día sin dejar huella, en medio de los mundos que asistirían indiferentes á la desaparición del nuestro.»

¡Siempre la teoría de las causas finales! «Esto existe porque fué creado en vista de una utilidad cualquiera.» La soberbia



del hombre no puede acostumbrarse á la idea de que él no es más que un accidente de fuerzas en movimiento; le precisa una teoría que le deje la ilusión de una sobrevivencia cualquiera. Pues bien, no, nada de esto hay. Por muy desconsolador que sea para nuestra fatuidad, es necesario abatir esta pretensión que quiere hacer gravitar la creación alrededor del género humano. Lo que existe, existe porque fuerzas en contacto han dado nacimiento á un orden de fenómenos que han encontrado condiciones de evolución que han empujado en una dirección, pero si otras hubiesen sido las condiciones de evolución, este orden de fenómenos no se hubiera producido de este modo. La humanidad, sin mayúscula, no es más que un accidente de la evolución de las fuerzas naturales y no marcha hacia ningún objetivo definido. Su evolución es la componente de las individualidades que la componen y su objetivo es acomodarse lo mejor posible á las condiciones presentes de la vida. Y la vida vale ya bastante por sí misma para que los que la gozan busquen el modo de hacérsela agradable lo mejor posible.

«¿Entonces, se nos dirá, vosotros proclamáis la lucha por la vida en todo su horror, el desbordamiento de los apetitos más groseros, la muerte de todo ideal?»

Ni por asomo. La sociedad actual, producto secular del egoísmo estrecho que busca sus satisfacciones aunque sea en detrimento de los demás y solamente pensando en su inmediata satisfacción, sin preocuparse de las consecuencias ulteriores, nos demuestra que los individuos han seguido un mal camino para hallar la felicidad sobre la tierra.

Nos demuestra que un bien presente puede ser la consecuencia de un mayor mal futuro; nos enseña que la satisfacción egoísta, aislada, de una necesidad, en detrimento de los demás, puede enve-

nenar su recuerdo en nuestra memoria cuando la necesidad ha pasado, y que entonces, descontentos de nosotros mismos, sólo hallamos amargura; que el placer, para ser completo, en lugar de satisfacerse con daño de los demás, debe compartirse con ellos.

Eslabones de una cadena, los individuos sufren el impulso de los que les precedieron del mismo modo que impulsan á los que les sucederán. Nuestra actividad y nuestros actos: he aquí lo que nos une al género humano.

Si queremos sobrevivirnos, si queremos que nuestro recuerdo no muera con nuestro cuerpo, hagamos algo que sea útil á nuestros semejantes. Aprendamos que cada uno de nuestros actos repercute en nuestro medio sobre los actos de los que nos rodean, y así siguiendo, en el espacio y el tiempo, absolutamente como las ondas que la piedra arrojada al agua pone en movimiento. Para que las ondas se multipliquen y su ensanche sea mayor, basta con arrojar al agua otras piedras.

De este modo estamos ligados á las generaciones; cuando más repetidos sean nuestros actos útiles, más vivo será nuestro recuerdo, más espacio ocupará. Pero apartemos una vez para siempre todas estas fantasmagorías metafísicas, producto de nuestro orgullo que no quiere admitir que nuestra individualidad desaparezca para siempre en el gran todo para formar nuevas continuaciones que no sea «Ella».

Para dar satisfacción á este sentimiento se había inventado el alma que iba á refugiarse, después de nuestra muerte material, en un Paraíso hipotético, y esta alma, claro está, fué inventada á imagen y semejanza de nuestro cuerpo. No podía concebirse de otro modo.

Para diferenciarla, para explicar su existencia, se la supuso formada de sombra, de un flúido desconocido, se la bautizó llamándola inmaterial, pero no



podía dejar de ser más que una deformación de lo que teníamos ante los ojos.

Esta alma, herida también por los golpes que han caído sobre la Divinidad, está, como ésta, en camino de transformarse, y como ésta ha sufrido muchas transformaciones. De cosa vaga que era al principio, imprecisa y confusa, se convirtió en entidad subjetiva de contornos precisos. Atacada por la ciencia que demuestra su irrealdad, se atenúa, se hace otra vez imprecisa, sin contornos, hasta que desaparecerá con el humo de que se formó.

«Era consolador para el hombre, se nos dice, esperar poder revivir en otra vida en la que hallaría a los seres amados. ¿Para qué arrebatárle esta ilusión que le hacía aceptar las miserias de la vida sin murmurar, cuando nada teníamos para sustituirla?»

Es decir, que porque el catolicismo nos ha inculcado un miedo incomprensible a la muerte, porque demasiado infatuados de la importancia de nuestra especie no queremos aceptar lo que llamamos nuestro fracaso, ¿íbamos a respetar las ilusiones obra de nuestra imaginación?

Habituémonos a ver las cosas tal como son. ¿Porqué refugiarnos en la mentira, con el talaz pretexto que es más consoladora que la realidad? ¿Pero si en definitiva tampoco logramos engañarnos! Como todo lo que vive, el hombre nace y muere, y los materiales que lo componen se desasocian, se transforman y se asocian de nuevo en nuevas combinaciones no dejando huella de las combinaciones anteriores. Esta es la verdad.

Esto choca con nuestra sed de eternidad. Quisiéramos perdurar, sobrevivirnos, y nuestro cerebro ha creado toda esta fantasmagoría de larvas, de sombras, de espíritus, que se agitan detrás de la muerte; hemos inventado mundos desconocidos donde renaceríamos a la inmortalidad, mientras que el mismo globo que nos lleva está condenado a disolverse.... ¡Vaya unas quimeras!

¿Queréis un ideal? ¿Acaso la vida social no tiene grandes sentimientos para que sean nuestros ideales en que emplear nuestras fuerzas y realizarlos?

¿Queremos sobrevivir después de muertos? Pues hagámonos útiles a nuestros semejantes mientras vivamos. Seamos grandes por el corazón, seamos fuertes por nuestros actos sobre nuestro propio ser para serlo sobre la acción de nuestros semejantes; seamos útiles por el bien que podamos hacer, y entonces nuestra individualidad no desaparecerá por completo, entonces sobreviviremos por la influencia de lo que hayamos hecho, por el ejemplo que hayamos dado.

Los que vendrán después de nosotros, más ó menos influídos por el impulso que habremos producido, nos ligarán con sus obras, a las generaciones que les seguirán. ¿Acaso esta sobrevivencia del espíritu no la hallamos aquí mejor que en este grosero espiritualismo, así impropriamente llamado, ya que, de hecho, no es más que la materialización de nuestros conceptos, y que no se nos ha podido representar sino con el ropaje de esta «vil materia» tan despreciada.?

*Temps Nouveaux, Paris.*

**Dr. L. Hénault**

## Reparto colectivista

El mayor defecto del sistema de reparto colectivista es la persistencia en él de los vicios del salariado, más evidentes por el hecho que dicho régimen se

pretende que está imaginado según un programa «eminentemente subversivo».

Antiguamente todos los socialistas aceptaban la fórmula comunista: «de



cada uno según sus fuerzas, á cada uno según sus necesidades». Después la práctica transformó esta fórmula tan noble y tan justa, tan adecuada á la humana naturaleza, con esta otra, egoísta é injusta: «á cada uno según su trabajo», digna hermana del católico y burgués «cada uno para sí».

Muchos colectivistas, sin embargo, se dan cuenta de la objeción que la ciencia económica y la realidad de los hechos presentan á su espíritu.

«Se nos dice (Vandervelde, carta al *Correo de Bruselas*), que nosotros no tenemos una misma medida de trabajo, que es imposible determinar con exactitud lo que corresponde á cada uno cuando son muchos á trabajar en un mismo objeto. Es verdad. Nuestra fórmula de reparto es, de hecho, empírica, y la confesión nos cuesta tanto menos cuanto que desde este punto de vista el capitalismo no puede echar nada en cara al colectivismo.»

En este conjunto infinitamente complejo que representa nuestra sociedad, con su comercio internacional, sus *trusts* gigantescos que extienden su acción al mundo entero, sus industrias especializadas en ciertos territorios; en esta especie de absorción y penetración económica por la cual el trabajo penoso del campesino ruso y del mayordomo del Ovest americano proyectan su repercusión sobre la producción de nuestros campos; por la cual el negro de las minas de oro y de diamantes del Sud Africa y el buscador de oro de las tierras del Alaska son los asociados del cortador de diamantes de Amsterdam y de Amberes y de los joyeros de nuestras ciudades civilizadas; por la cual la manteca de los cooperativistas daneses lucha en nuestros mercados con la que produce la máquina centrífuga de Limbourg; por la cual los algodones del tejedor japonés disputan el mundo indiano á los obreros de Manchester; en este movimiento ince-

sante del comercio y de la industria internacionalizados, en que mineros, carreteros, laminadores, faquines, marineros, obreros ferroviarios, conductores de diligencias, canteros, soldados, etcétera, etc., dejan su parte de sudor y de sangre, de cerebro y de músculos, para la edificación, el perfeccionamiento y el mantenimiento del mundo económico, ¿quién puede decirnos: «Esta es mi parte y esta la tuya?» Si; ¿quién de nuestros operarios de los grandes arsenales capitalistas, donde la división del trabajo se lleva hasta el infinito, donde un fusil, una aguja, pasan por no sé cuantas operaciones sucesivas, podrá y querrá exclamar con orgullo: «Este es el fruto integral de mi trabajo?»

La multiplicidad de las transacciones comerciales, el continuo desarrollo de la ciencia y la infinita división del trabajo, no permitirían la adaptación de la fórmula distributiva colectivista á una sociedad que buscara un reparto igualitario de los productos. Este no puede regularse ni según la *cantidad*, ni según la *calidad*, ni según la *utilidad* del trabajo efectuado.

Hay quien preconiza la elección del tiempo, la hora de trabajo, como utilidad de común medida. Pero aquí salta enseñada á la vista que la hora de trabajo puede servir muy bien para determinar el *valor de las mercancías*, pero en ningún caso puede ser utilizada en el reparto como medida igualitaria.

Si se admite semejante método de valoración ¿quién podrá decir el valor de la hora de trabajo del cirujano que extirpa un tumor ó corta un miembro, teniendo en cuenta lo dicho por el colectivista americano Groenland: «el trabajo profesional será un múltiplo del trabajo simple?»

¿Tendrá esta hora una, dos, diez veces el valor de otra empleada en fregar platos, dar el heno á las caballerías, hacer estadísticas ó enseñar el alfabeto á los niños?



¿Quién valorará en horas de trabajo el tiempo que el escultor y el compositor *pierden* en la contemplación interna de sus obras en elaboración; la del ingeniero que medita un invento que revolucione la técnica, utilice el flujo y reflujo del mar ó realice definitivamente la navegación aérea? ¿Qué estadística podrá llevar la cuenta de las horas del químico transcurridas en largas, pacienzudas y minuciosas experiencias en busca de la síntesis de la albúmina? Todas estas horas, todas estas jornadas pasadas en probaturas y manoseos, todos estos insomnios y desesperaciones hasta el día en que se efectúa el descubrimiento ¿qué comité, qué genial matemático podrá traducirlo en bonos del trabajo?

Y si se añade al tiempo como determinante la *calidad* del trabajo ¿no se vé enseguida que la crítica precedente del trabajo personal valorado según el tiempo empleado, se aplica de igual modo con exactitud rigurosa á este otro método? La calidad de un objeto está, de hecho, en relación con la primera materia, con su preparación, con la aptitud profesional del obrero, permanente ó momentánea, con el tiempo de trabajo, de las necesidades, del gusto del consumidor, ya que, en último análisis, el objeto tiene un valor según su uso.

Un ebanista entalla un día su obra como un verdadero artista y al siguiente no puede lograrlo sino mediocrementemente por causa de la naturaleza de la primera materia. Por idéntico motivo otro emplea doble tiempo sin haber dado un mínimo valor de más que el primero. Habrá quien haga un trabajo poco satisfactoriamente porque otro equivocóse en la primera manipulación. Otro, en fin, artista consumado, puede faltarle de repente la disposición y no hacer nada de provecho. Todos estos factores de la calidad es necesario tenerlos en cuenta.

La necesidad, los gustos del consumi-

dor y del comprador (ya que los objetos son mercancía) ¿no han de influir en la balanza de los peritos que fallen sobre la calidad del trabajo?

Si todas estas objeciones son justas, ¡qué enorme injusticia no representará hacer responsable al trabajador de la naturaleza de la primera materia, de las aptitudes ó incapacidades intelectuales, permanentes ó momentáneas, del gusto ó de la moda!

No concluiríamos nunca á querer discutir todos los aspectos de la cuestión. Vaya por el último, no menos importante que los precedentes.

Es un hecho evidente que la división del trabajo tiende á nivelar la capacidad individual profesional, ó por decir mejor, á anularla. Esta división del trabajo arrebatada, pues, á la calidad del trabajo uno de sus elementos más importantes, puesto que tiende á transformar los trabajadores profesionales en trabajadores manuales. No quedará entonces más recurso que substituir el trabajo á destajo por el trabajo á medida. ¡Esta es la conclusión!

«Muy bien, se nos dirá, discutid, demoled nuestras fórmulas empíricas, burlaos si queréis, pero decidnos: ¿cuál ha de ser según vosotros la base de reparto en la sociedad socialista?»

Interrogad al primer obrero que halléis al paso y que sea justo y razone y veréis como resuelve enseguida esta importante cuestión:

«Compañero, os responderá, ¿qué buscáis con vuestro socialismo, el bienestar de los hombres? En tal caso el bienestar no puede derivar sino de la satisfacción de las necesidades humanas. Partid de la consideración de las necesidades para establecer el reparto, y dejad todas vuestras discusiones sobre la cantidad y la calidad del trabajo. Todos los trabajos se equivalen como se equivalen todos los hombres; si todos los trabajos sirven para satisfacer las necesidades normales



del individuo, no perdáis el tiempo midiendo el más útil.

«El trabajo más útil no existe desde el momento que de todos tenemos necesidad en modo diferente.»

¿Cómo apreciar, por ejemplo, la mayor ó menor utilidad entre el trabajo del higienista que indica aproximativamente el camino de una cloaca, el del arquitecto que traza minuciosamente el plano de diversas canalizaciones y el de los albañiles que construyen las bóvedas de la cloaca y de las canalizaciones?

¿Quién puede valorar en justicia el mayor ó menor servicio prestado á la humanidad, entre el trabajo del zagalón que conduce los bueyes, el del sembrador que arroja la semilla fecunda en los surcos, el del segador que corta y ata los haces del trigo, el del maquinista del tren de mercancías que lo transporta á las industriales ciudades, el del panadero que fabrica el pan, el del mozo que lo lleva á domicilio y el de la madre que lo distribuye á la familia?

Si se piensa en el infinito número de obreros, de manos y de cerebros que se necesitan para que podamos permitirnos un solo y simple acto de nuestra vida diaria, el almuerzo de la mañana, por ejemplo, para el que se necesitan tazas, cafetera, cucharillas, etc., veremos enseguida que el trabajo cristalizado en cada uno de estos diversos objetos es útil en grados diversos, si se quiere, pero reales, y que es imposible, tanto como injusto, establecer cuál es el trabajo que vale más y el que vale menos, y de este modo favorecer unos y desacreditar otros.

Estas ambiguas fórmulas, «á cada uno según su trabajo», «á cada uno el producto integral de su trabajo», pueden ser aplicadas á una sociedad que tenga por objeto la ganancia, pero no á un régimen de solidaridad que pretenda tener en cuenta la realidad de los hechos para establecer el reino de la justicia.

Mucho más conforme á la idea de justicia es el concepto expreso en la frase: «á cada uno según sus necesidades».

Sabemos cuan grande es el despilfarrero, tanto individual como colectivo, de los productos útiles á la sociedad. Es tan fabuloso que bastará suprimirlo para que la producción permita, con una notable reducción de esfuerzos, satisfacer el máximo de las necesidades *normales* de la humanidad.

Las necesidades tienen que ser la primera guía para regular la repartición de los productos. Son la base positiva, real, que se impondrá en una sociedad que se proponga una verdadera socialización de la propiedad y de la producción.

Fuera de esta línea directiva, sugerida por la teoría comunista, no hay más que empirismo é injusticia; y es un fenómeno verdaderamente extraordinario ver á reformadores sinceramente devotos de un ideal de justicia, que desean establecer su reino sobre bases tan poco conformes á la realidad de los hechos sociales y de las necesidades del individuo, como sucede á los colectivistas.

Es verdad «que el capitalismo no tiene nada que envidiar al colectivismo», en este particular. Esto es suficiente para tranquilizar á los interesados en la conservación de la presente organización económica, porque encuentran una especie de perpetuación del salariado.

Pero para tan poquita cosa el proletariado no querrá hoy ó mañana arriesgar el pellejo, cuando se vea obligado á ello invitado por las circunstancias. Hoy vota por el colectivismo porque en él no ve más que un sistema vago, según el cual todo será de todos y en el cual no habrá más expoliadores. El hábito de la esclavitud industrial puede hacer creer á algunos que el colectivismo es el mejor ideal, tan fuertemente oprimida está la libertad, tan grande es la incertidumbre del *pan cotidiano*; pero cuando las relaciones sean más cordiales, cuando la



consciencia de la individualidad esté más formada, cuando la dignidad personal y el instinto de justicia hayan evolucionado más, los cálculos erróneos del socialismo autoritario aparecerán evidentesi-

mos y un estudio más profundo de los sistemas sociales conducirá fatalmente las simpatías del proletariado y desplegará su actividad revolucionaria hacia el comunismo libertario.

## El Hombre

En las horas de cansancio del alma, cuando el recuerdo hace revivir las sombras del pasado helando el corazón; cuando el Pensamiento ilumina y aclara, impasible como sol otoñal, la aterradora confusión del presente, en estas horas penosas, con toda la fuerza de mi imaginación, yo evoco ante mí la figura majestuosa del Hombre.

¡El Hombre! Como si el sol fulgurase en mi pecho, y lo iluminase, con su luz vivísima, veo al Hombre, trágicamente bello, caminando, lentamente, adelante siempre y siempre ascendiendo.

Veó su frente altiva, sus ojos atrevidos y profundos y en ellos rayos del Pensamiento intrépido y poderoso; de este Pensamiento que ha abarcado la admirable armonía del universo, fuerza sublime que en los momentos de cansancio crea los Dioses y en los momentos de valor los pisotea.

Perdido entre los desiertos del universo; sólo sobre esta minúscula tierra transportada con vertiginosa rapidez, quién sabe donde, en la profundidad del espacio infinito, atormentado por el arduo problema del «¿por qué existe?» el Hombre marcha valientemente, adelante, y siempre ascendiendo, por el camino de la victoria sobre todos los misterios de la tierra y del cielo.

Camina, marcha regando con sangre su vida penosa, solitaria y altiva, y ge-

nera con esta sangre ardiente flores de imperecedera poesía; transforma artísticamente en música el grito de angustia de su alma turbada; crea con la experiencia la ciencia, é irradiando á cada paso la vida, como el sol baña la tierra con sus benéficos rayos, camina siempre más alto, más adelante, sirviendo de estrella conductriz á la tierra.

Armado con la única fuerza del Pensamiento, ora semejante al rayo, ora frío y calmoso, camina el Hombre libre y fiero, adelantándose á las gentes y más alto, en la vida, solo en medio de los enigmas y de la multitud de sus errores que oprimen con férreo yugo su corazón y lo hieren torturando el cerebro...

Y camina. En su pecho se agitan y revuelcan bajos instintos: la voz del amor propio, como un mendigo importuno que exige la limosna, se le enrosca al corazón como una yedra, le chupa la cálida sangre, mientras sus fuerzas reclaman á gritos concesiones... todos los sentidos desean poseerlo, todos están sedientos de su alma.

¡Nubes éstas que obscurecen la vida y que aseméjense al barro del arroyo y á los sapos que atraviesan el camino!

Como los planetas que giran entorno del sol, así el Hombre se ve estrechamente rodeado por las creaciones de su fantaseador espíritu: he ahí el Amor, hambriento de poseerlo, y la Amistad, que de larga fecha le sigue, cojeando;

**Máximo Gorki**



delante va la cansada Esperanza; he ahí el Odio lleno de cólera con las cadenas de la paciencia rumoreando en sus brazos; y la Fe, de mirada taciturna, que espiando la rebelión en su semblante, le tiende silenciosamente un lazo.

Cubiertos de harapos de verdades decaídas, empapadas con el veneno de los prejuicios, siguen todos hostiles detrás del Pensamiento, disputándole la preeminencia y raramente se confunden con él en una llama potente y creadora.

Y allí cercana está la eterna compañera del Hombre, la Muerte muda y misteriosa, siempre pronta á darle un beso en el corazón, ardiente de vida.

El Hombre conoce todas las personas de este cortejo inmortal, y entre ellas la Locura.

Alada, poderosa como la turbonada, siguelo con mirada hostil y con la propia fuerza aligera el peso del Pensamiento, tratando de retenerlo en una danza salvaje.

Conoce todo este triste cortejo de imperfectas, deformes y débiles creaciones de su espíritu.

Únicamente el Pensamiento es el amigo del hombre, su inseparable amigo; el Pensamiento, el único que ilumina los obstáculos del camino, los enigmas de la vida, el crepúsculo de los misterios de la naturaleza y el horrible caos de su corazón.

El compañero libre del Hombre, el Pensamiento, mira por todas partes con vigilantes ojos é ilumina rigurosamente todas las cosas: ve las astucias tácticas del Amor, el deseo que éste muestra de aproximársele, las veleidades de humillar y de humillarse, y la figura lúbrica de la Sensualidad que asoma por su espalda; la impotencia de la Esperanza y detrás la hermana Impostura adornada y embellecida, mentiras vivientes siempre prontas á consolar y á engañar con

floridas palabras. El Pensamiento ve en el corazón marchito de la Amistad la prudencia que calcula, la cruel y vana curiosidad y la pútrida magaña de la Envidia y por encima de ésta los gérmenes de la Calumnia; el Pensamiento ve la fuerza del Odio y sabe que si rompiera las cadenas que lo sujetan destruiría toda la tierra sin respetar siquiera los brotes de la justicia.

El Pensamiento descubre en la Fe inmóvil la sed de poder que tiende á esclavizar todos los sentimientos, las malas artes escondidas del fanatismo, la impotencia de sus alas pesadas y la ceguera de sus vacíos ojos.

El Pensamiento entra en lucha hasta con la Muerte. El que ha hecho del animal un hombre, que ha creado múltiples Dioses, sistemas filosóficos y ciencias, claves de los enigmas del mundo, tiene por enemigo esta fuerza estéril, á menudo imbécil y mala, que se llama la Muerte.

La Muerte es para el Pensamiento semejante á un traperero que vaga por las callejuelas y recoge en un saco todo lo que hizo su tiempo, todo lo marchito, inútil y tirado, pero que á menudo se lleva consigo también lo que es sano y fuerte.

Oliendo á podre, envuelta con el velo del horror, impasible, impersonal, muda como un enigma severo y negro, la Muerte se yergue ante el Hombre, y el Pensamiento la estudia ávidamente, creador y radiante como el sol, lleno de audacia temeraria y consciente de su inmortalidad.

Así camina el Hombre sedicioso á través de las penosas tinieblas de los enigmas de la vida, adelante y más alto, siempre adelante y siempre más arriba...

## II

Hélo ahí cansado, vacila y solloza; el corazón espantado busca la Fe y pide á gritos las tiernas caricias del Amor.



Y los tres avechuchos que genera la debilidad, el Abatimiento, la Desesperación y la Melancolía, tres aves negras y deformes, se posan siniestramente sobre su alma y cántanle con triste aria que es un ser débil, gusano inválido, que su consciencia es limitada, que el Pensamiento es impotente, que es ridícula la sagrada fiereza, y que morirá, haga lo que haga.

El destrozado corazón tiembla al oír los sonos de esta canción embustera y perversa, la duda penetra en el cerebro y una lágrima de humillación brilla en los ojos...

Si la fiereza no se rebela, el miedo á la Muerte empuja al hombre hacia las prisiones de la Fe: sonríe el Amor victorioso y le cautiva entre sus brazos, disimulando con promesas de felicidad la triste impotencia de ser libre y el despotismo ávido del instinto...

Aliada á la Mentira, la tímida Esperanza le canta los goces del reposo y el dulce placer de la concordia, ilusionando con bellas palabras el espíritu soñoliento empujándolo hacia la Pereza en brazos del Aburrimiento, progenie suya.

Y bajo la sugestión de sentimientos de limitado horizonte, el Hombre sacia prematuradamente el cerebro y el corazón con el placentero veneno de la Mentira cínica, que le enseña que el único camino es aquel que conduce á la tranquila satisfacción de sí mismo.

Pero el Pensamiento es valiente y entra en lucha furiosa contra la Mentira. El campo de batalla es el corazón del Hombre.

La persigue como enemiga, roe incansable el cerebro como un gusano, devasta el pecho como la ceguera, como un carnicero tortura al Hombre, apretándole inexorablemente el corazón con el frío aliento de la Angustia después de la ruda Verdad, la sabia verdad de la

vida generada por el Pensamiento, la verdad que, aun desarrollándose lentamente, es bastante visible en la obscuridad de los errores.

Pero si el Hombre está envenenado por la Mentira y no puede ya sanar y cree firmemente que no hay otro bien más allá de llenar el vientre y el alma, que no hay alegría superior á la saciedad, al reposo y á los cómodos minutos de la existencia, entonces, cautivo del sentimiento triunfante, el Pensamiento pliega tristemente sus alas y se duerme dejando al hombre prisionero de su corazón.

Entonces, parecida á nube pestilente, la pútrida Trivialidad, hija del vil Aburrimiento, cae sobre el hombre, y envuelve en una nube de polvo cálido y gris su cerebro, su corazón y sus ojos.

Y el Hombre se pierde, transformado por la debilidad en un animal sin fiereza ni Pensamiento...

Pero si la rebelión estalla en su seno, despierta entonces el dormido Pensamiento y de nuevo marcha adelante, solo, á través de sus errores, solo en medio de las chispas ardientes de sus dudas, solo entre las ruinas de las verdades sobrepajadas.

Sublime, fiero y libre, el Hombre mira animosamente los ojos de la verdad y dice á sus dudas:

—Mentís afirmando que yo soy impotente, que mi consciencia es limitada. ¡Crece ésta, lo sé, lo veo, lo siento; se agiganta dentro de mí! Yo comprendo el desarrollo de mi consciencia por la fuerza de mis sufrimientos y sé que si ella no creciera yo no sufriría más que antes.

—Pero á cada paso yo veo, yo siento, yo quiero más y más profundamente, y este acrecentarse rápido de mis deseos es el desarrollo poderoso de mi consciencia. En este instante se parece á una chispa. ¡Yo soy—en el porvenir—el in-



cendio de las tinieblas del Universo! Estoy llamado á iluminar el mundo entero, á disipar la obscuridad de sus misteriosos enigmas para hallar la armonía entre yo y el mundo, para crear la armonía dentro de mí, y después de haber iluminado todo lo oscuro de la vida de esta tierra que tanto ha sufrido, y que está cubierta con una corteza de desventuras, de dolores, de penas y de culpas, esparceré todo su barro en la tumba del pasado.

—Estoy llamado á desatar los nudos de todos los errores y de todas las culpas que han transformado los hombres miedosos en un rebaño sangriento y repugnante de animales que se devoran unos á otros.

—A mí me ha creado el Pensamiento para que derribe, destruya y pisotee todo lo que es viejo, agrietado y vil; todo lo que es malo, todos los obstáculos al Pensamiento, á la Libertad, á la Belleza y al Respeto hacia los hombres.

—Enemigo irreconciliable de los deseos humanos, yo quiero que cada hombre sea hombre.

—Insensata, vergonzosa y repugnante es toda esta vida en que el trabajo esclavo y superior á las fuerzas no aprovecha más que para que unos cuantos se llenen de pan el vientre y de dones el espíritu.

—Malditos sean todos los prejuicios, todos los errores y las culpas que han aprisionado el cerebro y la vida de los hombres como en una tela de araña. Yo los destruiré.

—Mi arma es el Pensamiento, y mi fe en su libertad, en su inmortalidad, en el desenvolvimiento eterno de su fuerza creadora, es la fuente inagotable de mi poder.

—El Pensamiento es para mí el faro

eterno y verídico en las tinieblas de la vida: yo veo que brilla siempre con mayor esplendor, que ilumina más profundamente los misterios de los abismos, y yo voy envuelto en sus rayos inmortales, siguiéndolo siempre, siempre más arriba y avanzando siempre.

—Para el Pensamiento no existen fortalezas inexpugnables, ni santuarios inderrribables. Lo crea todo, y esto le da el sacro derecho, inalienable, de destruir aquello que pueda dificultar la libertad de su desarrollo.

—Reconozco también que los prejuicios son las sobras de las antiguas verdades quemadas en las llamas del mismo Pensamiento que las creó.

—Vendrá un día en que en mi pecho se fundirán en una sola llama creadora el mundo de mi sensibilidad y mi pensamiento inmortal, y así quemaré en mi alma todo lo que es oscuro, cruel y malvado, y seré semejante á los Dioses que mi Pensamiento crea. ¡Todo está en el Hombre, todo es para el Hombre!

Y helo ahí de nuevo sublime y libre, alzando la frente con orgullo; avanzando lentamente, pero con pasos firmes, por entre el polvo de los viejos prejuicios, solo, entre la niebla gris de los errores, dejando atrás el polvo del pasado y teniendo ante él una multitud de enigmas impasibles que le esperan.

Enigmas innumerables como los astros en el abismo del cielo y sin fin esparcidos en el camino del Hombre.

Así camina el Hombre en rebeldía... ¡Adelante! y siempre avante y siempre más arriba, subiendo!...

De *Il Pensiero*, Roma.





**Pedro Novoakow**

## Los presidios intelectuales

Después de mi trabajo, cuando un día marchaba hacia los bosques de pinos que se extienden por el lado Sur de la ciudad, en busca de la satisfacción y del descanso que reclamaba mi alma, tropecé con un grupo de campesinos que, seguramente, habían venido por vez primera á la «gran» ciudad, que se extendía en medio de una vegetación semiraiquítica, descuidada.

Estaban parados, contemplando los adornos brutales que coronan la fachada de una de nuestras Universidades más célebres en la historia de la Edad Media; miraban con asombro, casi con veneración aquella obra, que había costado tantas fatigas y que había sido testigo de un caos de hechos sucedidos en la negrura de los siglos. ¿Qué es eso? me preguntaban tímidamente, señalando al negro edificio; y yo, inconscientemente, mirando con pena aquella construcción de un estilo pesado, les dije: «Es uno de nuestros presidios». No les hablé una palabra más; al marcharme los saludé con una amargura infinita, recordando el verdadero papel de aquel edificio donde el calor del sol apenas contaba con fuerzas para evaporar las gotas de agua que se filtraban por entre las moléculas del granito robado á la montaña.

Había dicho la verdad. Bajo aquel cielo circunscrito por unas paredes negras, están, en una época del año, la mayoría de las inteligencias adormecidas, las aptitudes aprisionadas, como una planta que, propia de la flora tropical, nos empeñáramos en conducirla á las regiones cubiertas eternamente de nieve. Así están, bajo el techo de nuestras Universidades oficiales, la parte poderosa de una generación, rebelde porque es joven. Como la planta que vive en el Ecuador y la transportáremos

á la cumbre de los Alpes, esa generación moribunda está pagando su condena.

Detrás de aquellas paredes, una multitud de hombres están destinados á la parálisis periódica de sus inteligencias; quizá todo el fuego de su juventud naturalmente alegre, estaba siendo ahogado por el frío de las condiciones económicas ó de la tradición, que obligó á comenzar unos estudios que no le satisfacían, que no llenaban sus aspiraciones de «hombres libres». Si el campo está abierto para toda vegetación; si, concediéndole una voluntad, dijera: «Heme aquí: estoy dispuesto á recibir todas las especies de plantas», ¿acaso las flores serían libres para germinar en un terreno que no respondería á sus necesidades?

¡Cuántas veces he pensado en la tiranía que representa para todos los espíritus deseosos de saber esa reglamentación oficial del estudio! Siempre que pienso aún en el gran número de individuos que se han perdido para la Ciencia, en el gran número de inteligencias que tuvieron forzosamente que amoldarse á un programa impuesto, no puedo por menos de entristecerme y de condenar la imposición, sufrida por el temor y por las circunstancias de la vida.

Recuerdo que una tarde, un amigo mío, con visos de socialista autoritario (?), partidario decidido de todo cuanto dice Tolstói referente al alcohol y al tabaco en *Los Placeres viciosos*, y de un espíritu bondadoso como pocos, me preguntaba con una sonrisa de triunfo como en nuestras clases existían tantos jóvenes sin afición alguna al estudio. Yo, que veía en sus palabras la sinceridad de su pregunta, le contesté que era imposible el estudio siempre que estuviera en contradicción con las más manifiestas, ó también quizá, latentes aptitudes



individuales. ¿Acaso en las aulas de las Facultades, en las reuniones, en los paseos, no se observa esa amarga contradicción entre la inteligencia y los estudios comenzados? Hay que ver por ejemplo, como una masa grande ó pequeña de esos presos intelectuales pasa ante el espectáculo que le ofrece todo un mundo de pequeños seres vivos colocados bajo las lentes de un microscopio: parece como si aquella infinita variedad de cadenas vivas no tuvieran afinidad para aquellas inteligencias. El que sólo una vez en su vida haya visto aquella rapidez con que miran, aquel estoicismo particular con que continúan después de «haber visto», puede comparar el fenómeno á lo que pasa en las cárceles, cuando el preso está forzado á realizar una limpieza penosa ó repugnante.

De cada cien individuos que sigan sus estudios en estos presidios, el noventa por ciento no se encuentran en condiciones para continuar de una manera agradable aquello que está en oposición con sus aptitudes. Si estudian medicina, por ejemplo, harían buenos químicos, buenos ingenieros, grandes matemáticos, ó hasta unos militares al estilo de un Napoleón ó de un Moltke, todo en fin, menos unos médicos inteligentes y «trabajadores». El mismo amigo mío á que antes me he referido, seguramente sería un célebre agricultor, habiéndose ya dedicado á recorrer varias Granjas, á hacer experimentos de cultivo en su aldea, y á propagar entre los campesinos de los alrededores de su casa la bondad del empleo de abonos químicos y la utilidad de emplear en las siembras las mejores semillas venidas del extranjero, que dan un producto más considerable y de una calidad superior, al recogido de ordinario. En un gran número de amigos y compañeros míos, á quienes he preguntado cuales serían sus estudios predilectos, he notado que sus aficiones más marcadas se desviaban

horriblemente del camino que seguían con paso desilusionado.

Pero ¿por qué estos hombres siguen luego unos estudios que no les satisfacen? Primeramente, la mayoría de éstos viven con sus familias en la misma ciudad ó pasan sus vacaciones en pueblecillos ó en aldeas próximas á la ciudad universitaria. Como sus padres no cuentan con los medios suficientes para mandarlos á tal ciudad, donde hay una Escuela de Ingenieros ó de pilotaje, etc.; como los medios de vida, limitados, de sus familias, ó «ciertos temores» de los padres hacen peso, resulta que tienen forzosamente que comenzar una carrera opuesta á sus más ardientes aspiraciones. Sin embargo, dentro de ese noventa por ciento existe una insignificante minoría que ha sido inducida violentamente á estudiar determinadas profesiones por esa *tradición honrosa* que tenemos ocasión de observar en nuestra vida diaria: serán médicos, abogados, militares, porque sus padres, sus ascendientes representados por un círculo ó por una línea en el cuadro genealógico que figura en la cabecera de sus camas ó en las paredes de los salones suntuosos, han sido doctores en medicina, fiscales ó defensores y generales.

Solamente nos queda un diez por ciento del que habia que descartar uno ó dos jóvenes que, sin fuerzas, les es completamente imposible detener su vista ante las páginas de un libro ó dirigir sus ojos ante la naturaleza que les ofrece una serie de fenómenos sorprendentes. — Me es imposible—dicen—el sostener un libro entre mis manos; la vista se aparta de aquellas líneas saturadas de tantas cosas: amigo mío, tengo la pereza infiltrada en la masa toda de mi cuerpo. — El resto (un 7 ó un 9 por ciento) quizá estudien con verdadero placer *alguna* de las Ciencias que constituyen su más ó menos interminable carrera, pero están condenados á dedicarse á prestar su aten-



ción al estudio de asuntos que no son de su agrado, ó de lo contrario tendrán que sufrir el golpe terrible de la desaprobación que los condena á prolongar sus horas de esclavitud en la cátedra ó en el laboratorio.

Pero á su vez, estos jóvenes quisieran tener medios, contar con una biblioteca en donde estuvieran á su libre disposición los volúmenes, con un laboratorio para dedicarse en él á sus descubrimientos, para [satisfacer los deseos de comprobar los fenómenos. Desearían preguntar, *ver* la Naturaleza en todo su misterio y en toda su intimidad, pero ¡fatalidad! tienen que resignarse. ¿Qué extraño es, pues, que de este limitado número de individuos se dejen arrastrar, casi todos, por la pereza, viendo que su espíritu se encuentra limitado por las trabas injustas impuestas por las condiciones económicas y por los prejuicios de nuestra sociedad?

Mas todo esto no sólo sucede en el periodo en que los hombres, aparentemente libres, están viviendo encerrados en los Claustros. Después, como tienen que dedicarse á la conquista del pan, no cuentan con el tiempo ni con los medios para dedicarse á sus estudios predilectos, teniendo que condenarse á una obra estéril, infecunda. Todo conspira para que se sostenga el reinado de las medianas capacidades, para aniquilar la inteligencia del hombre.

Basta citar varias de las personalida-

des más salientes de nuestra historia contemporánea, para comprender que la gran mayoría de ellas han llegado á ser lo que son después de apartarse de su educación esencial ó de sus estudios primitivos. Kropotkin que hacía un mal estratega, un pésimo oficial del ejército de S. M. el zar de todas las Rusias, ha llegado á ser un gran geógrafo, un sabio. Hœckel y Büchner, que su juventud la pasaron en las Clínicas de los hospitales, quizá no hubieran llegado á ser tan «bueno smédicos» como grandes filósofos. (Bien se sabe lo que el segundo ha hecho por el triunfo del materialismo, y lo que el primero trabajó por y para la teoría de la evolución). Otro ejemplo nada más: Lasalle, que durante su adolescencia estudió la Carrera de Comercio, que luego abandonó, no hubiera triunfado intelectualmente sino sacudiera la imposición de unos estudios que estaban en abierta oposición con su sentimientos.

.....

El recuerdo de aquellas paredes, de aquella visión que me presenta á una gran masa de hombres con sus aptitudes moribundas, me entristece profundamente. ¡Qué diferencia enorme entre lo que pasa actualmente y lo que pasaría en una sociedad libre, en la cual pudiera cada uno escoger libremente su camino!

Había, pues, dicho la verdad á mis hermanos campesinos. Si; aquello... era un presidio...

**Enrique Malatesta**

## Socialismo y Anarquía

Cuando se discuten cuestiones de orden moral y social la dificultad más grande para entenderse depende del significado vario é incierto que se atribuye á las palabras. Todo partido, y á menudo cada individuo, dan á las palabras generales un significado diverso, y, lo que es peor,

el mismo individuo usa á veces la misma palabra en sentido diverso y aun opuesto.

Así, por ejemplo, *socialismo* y *anarquía* se usan á veces como términos antagónicos y á veces como sinónimos. Los hay que combaten el *individualismo* cuando significa el *cada uno para sí*



de la sociedad burguesa y después dícense *individualistas* para expresar su ideal de una sociedad en la cual no se oprima á nadie y en la que cada uno tenga medios de alcanzar el pleno desenvolvimiento de la propia individualidad. Hoy combaten la inmoralidad burguesa y mañana protestarán contra toda *moral*. Dicen que el *derecho* es la fuerza, y al poco rato se alaban de ser defensores del *derecho* de los débiles. Mófanse de toda idea de *sacrificio* y *abnegación* y después dícense, — y muéstranse, — prontos á sacrificar bienestar, libertad, vida, para el bien de la generación futura.

Y observaciones similares podrían hacerse del uso de las palabras *evolución* y *revolución*, *organización*, *administración*, *autoridad*, *gobierno*, *estado* y de tantas cuantas se refieran á los problemas morales y sociales.

Así acontece que muchas cosas verdaderas parecen irrazonables por defecto de expresión, y prodúcense muchas escisiones entre compañeros que en el fondo están realmente de acuerdo; mientras que, por el contrario, á menudo se cree estar de acuerdo, sólo porque se usa la misma terminología, entre personas de ideas y tendencias diametralmente opuestas. Así acontece también que se aceptan, bajo la fe de una palabra, ideas absurdas y antisociales, y que gentes egoístas, verdaderos malhechores, se mezclan con las que, buenas y generosas, dan muestras de inmoralidad por la ínfima vanagloria de parecer originales.

Y no sólo esta falta de un lenguaje claro, común y constante hace difícil entenderse entre hombre y hombre; sino

que la confusión en la expresión ofusca á cada uno la claridad de la idea y acaba por impedir que uno mismo se entienda. Ejemplo, ¡demasiado doloroso, por cierto! tantos periódicos nuestros que parecen escritos por los habitantes de la legendaria torre de Babel, en los cuales generalmente cada escritor demuestra que no sabe lo que quiere decir y que apenas tiene una obscura y vaga visión de un vaporoso ideal que no saben traducir en términos inteligibles.

Definamos, pues, las palabras de las cuales nos servimos.

No pretendo que el sentido que yo doy á las varias palabras sea el sentido *verdadero*. El significado de las palabras es siempre una cosa convencional y puede sólo establecerlo el uso común y constante por el mayor número. Pero generalmente sucede que cuando una palabra ha sido inventada para indicar una idea dada, todas las transformaciones y las desviaciones que ocurren después en su significado tienen entre ellas una relación lógica que permite remontarse al significado originario, ó recabar un significado general que responde al pensamiento más ó menos consciente de todos. Este fondo común en los varios sentidos en que hoy se usan ciertas palabras, es el que yo me esfuerzo en determinar para hacer más clara la idea y más fácil la discusión. Como quiera que sea, mis definiciones, si no para otra cosa, servirán para que se comprenda bien lo que yo entiendo y tal vez para dar un ejemplo de lenguaje preciso, que otros podrán elaborar mejor.

BIJUTERA Y ORO (Continuará.)

**Recibido:** *La Iberiada, canto VII, Asturias*, por M. Lorenzo d' Ayot.—De la biblioteca «Amor y maternidad libre», de Barcelona: *El problema de la población*, por S. Faure, traducción de L. Bulffi.—De la biblioteca «Juventud Libertaria», de Barcelona: *Nuestras ignorancias*, por J. Prat.—*¡Criminal!* monólogo dramático-social, por Pedro Gonse (Coruña).—*¡Responsabilités!*, por J. Grave, editor Stock, París.—De la biblioteca de «La Huelga general», de Barcelona: *Antimilitarismo Reivindicado*, en venta prensa libertaria.

*El Obrero Libre*, de Tarapaca (Chile); *Libre examen*, revista, de Buenos-Aires; *Lumen*, de Tarrasa.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA